

EL NORTE Y LA CIUDAD DE MÉXICO. APUNTES PARA UNA INVESTIGACIÓN SOBRE EL VÍNCULO CENTRO-PROVINCIAS EN MÉXICO, SIGLOS XVIII-XX¹

Luis Aboites Aguilar²

Resumen

Este trabajo reflexiona acerca de la manera de organizar una investigación sobre el norte mexicano entre los siglos XVIII y XX. A partir de una autocrítica en relación con trabajos previos, el autor propone como hilo conductor la conexión entre el centro y las provincias septentrionales. Formula también una periodización y una caracterización de las peculiaridades del norte, de la conexión con el centro, y del centro, es decir, la sede del Estado novohispano y mexicano, la ciudad de México.

Palabras clave: Norte, Centro, Provincias septentrionales, Estado colonial, Estado nacional.

Abstract

This article aims to reflect on the challenges of how to research the north of Mexico, during the Eighteenth and Twentieth centuries. Based on a critic of the author's own academic production, his intend is to use as a key argument the link between the center and the northern Mexican provinces. He also formulates a chronology as well as a characterization, on the peculiarities of the north, on its connection with the center of Mexico, and on the center itself, namely Mexico City, the headquarters of the colonial and the national state.

Key words: North, Center, Northern Mexican provinces, Colonial state, National state.

¹ Una versión anterior de este trabajo fue presentada como ponencia en el coloquio "Regiones periféricas y estados nacionales", celebrado en Mérida, Yucatán, en abril de 2008. El coloquio fue organizado por el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

² Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México. Dirección postal: Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740, México D.F. Correo-e: laboites@colmex.mx

Introducción

Hace muchos años, en un lugar muy lejano de Tandil, escribí mi tesis de doctorado que luego se publicó con el título de *Norte precario*.³ El tiempo pasa y por fortuna no pasa en balde pues ha traído cambios en la manera de estudiar y entender esa zona de México. De esos cambios se ocupa este texto.

En ese ya viejo trabajo se propone que el rasgo fundamental del norte mexicano de 1760 a 1940 -y esa la hipótesis que intentó demostrarse- es la precariedad, un atributo que califica a una zona amenazada, vulnerable, desvinculada, abandonada. La razón más importante de la precariedad era la falta o muy escasa población española o población nativa dominada por los españoles. De allí las referencias al poblamiento débil, disperso, al “desierto” y de allí también la muy perdurable noción en torno a la vastedad del septentrión novohispano y luego del norte mexicano. Es raro que un estudioso no hable de tal vastedad. El libro intenta mostrar que el problema de la falta de población trascendió épocas, formas de gobierno y conflictos entre facciones políticas, y que el propósito de resolver el poblamiento precario dio lugar a políticas de colonización, es decir, al traslado artificial de población. Desde la decisión de enviar tlaxcaltecas al septentrión novohispano a fines del siglo XVI, hasta las medidas del gobierno de Lázaro Cárdenas para reforzar las fronteras, en realidad Baja California, puede apreciarse la continuidad del norte precario, así entendido. En tal continuidad se incluía el arribo en 1922 de varios miles de agricultores menonitas, provenientes de Canadá, al estado de Chihuahua, tema que conforma el estudio de caso de la tesis ya referida.

Recuerdo bien que en el examen de grado, el director Bernardo García Martínez, y los dos sinodales Brígida von Mentz y Guillermo Zermeño criticaron fuertemente el énfasis desmedido (casi devoción) por las políticas del Estado. A final de cuentas, me dijo uno de ellos, el trabajo versa más sobre las políticas de colonización que sobre el norte. Y tenían razón. Ahora puedo ir más allá y afirmar que el trabajo en cuestión recoge sobre todo una caracterización hecha por el Estado en el desempeño de una de sus funciones primordiales, a saber, la defensa o bien la expansión del territorio.

Me defendí como pude. Argumenté que me parecía acertada la idea de hacer una historia regional insistiendo en un elemento externo a la región de estudio, en este caso la mirada del centro sobre el norte. Les dije que lo volvería a hacer. También volvería a hacer una investigación en la que se hiciera muy explícita la conexión entre el centro y la provincia como hilo conductor y de hecho como método primordial. Por allí quise salir del atolladero pero ahora entiendo que en realidad sólo rehuía el problema de fondo. Y ese intento fallido de evasión quedó durante años como una especie de asignatura pendiente. Ahora parece oportuno retomarla.

³ **Norte precario. Poblamiento y colonización en México 1760-1940**, México, El Colegio de México / Ciesas, 1995.

Y es oportuno porque en este momento estoy realizando una nueva investigación sobre el norte, cuyo objeto primordial es el vínculo entre el centro y las provincias, entre la ciudad de México y el norte. Ahora me cuido de no caer en el error que exhibe el trabajo anterior, es decir, cargar el argumento en una de las partes de esa conexión, de esa relación. Para decirlo rápido, entiendo que la precariedad norteña era más una preocupación u obsesión del centro que de los propios norteños. Entonces, el resultado es un argumento que en apariencia versa sobre el norte pero que, en realidad, corresponde más a la ciudad de México, por así decir. Es, en suma, un argumento tramposo.

Ahora estoy tratando de armar una investigación de otra naturaleza. De entrada no resulta atractivo irse al otro extremo de un imaginario abanico de “historias regionales” y hacer una historia autocontenida del norte, encerrada en sí misma, así sea muy social y cultural, casi inventando que el norte es una nación, que a su vez se explica en sus propios términos, por su cuenta y riesgo. Tampoco se trata de insistir, con base en esa historia autocontenida, en la importancia de los “muchos México” para desagregar o confrontar, o bien para inventar, una nueva historia nacional, sea oficial o no. A estas alturas, los “muchos Méxicos” son, en todo caso, punto de partida de una investigación, incluso un recurso retórico, pero ni de lejos puede constituir ya el desenlace o la conclusión del esfuerzo historiográfico.⁴

A partir de investigaciones propias sobre usos del agua en los siglos XIX y XX y la cuestión tributaria en el siglo XX en México,⁵ me he ido haciendo a la idea, siguiendo la intuición quizá, que una nueva investigación sobre el norte debe hacer hincapié, ante todo, en la conexión del norte con el centro (con los comerciantes y empresarios, con las autoridades virreinales o generales/nacionales de la ciudad de México) y de hecho, más que una historia del norte propiamente dicha, haría una historia de esa conexión. Uno de los principales propósitos de esa nueva intentona es no repetir errores pasados (mejor cometer otros), lo que en buen cristiano significa dar igual peso a las dos partes en la manera de armar el argumento principal. El objeto de estudio sería justamente el vínculo, lo que supone una relación equilibrada entre el centro y las provincias, entre la ciudad de México y el norte.⁶ Ahora cabe preguntarse cómo armar un problema de investigación sobre esa conexión.

El punto de partida es retomar aquella aseveración de un estudioso de la geografía histórica acerca de que el septentrión novohispano es una zona de expansión del centro del virreinato:

⁴ Manuel Miño, “¿Existe la historia regional?”, *Historia Mexicana*, LI:4 (abril-junio 2002), 867-898.

⁵ Véanse *El agua de la nación. Una historia política de México 1888-1946*, México, CIESAS, 1998; y *Excepciones y privilegios. Modernización tributaria y centralización en México (1922-1972)*, México, El Colegio de México, 2003.

⁶ Una crítica a la noción de periferia, que llevó a descartar ese término y preferir simplemente “provincia”, se halla en Chantal Cramaussel, *Poblar la frontera. La provincia de Santa Bárbara en Nueva Vizcaya durante los siglos XVI y XVII*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2006.

*“También se trazaron nuevas rutas, y en ellas se manifestó un rasgo importantísimo: su orientación hacia la ciudad de México. En efecto, se trazó un camino central de ella a Zacatecas y otros puntos más al norte, el Camino de Tierradentro. La mayoría de los demás caminos fueron tributarios de éste. Lo que se ponía de manifiesto era el dominio indiscutible que la ciudad de México estaba ejerciendo desde un principio sobre estas provincias [...] Era la capital virreinal la que proveía, disponía y, desde luego, recogía la plata”.*⁷

Lo que ahora entendemos por norte tiene su punto originario en esa expansión desde el centro, desde la ciudad de México. Lo anterior significa no sólo que en la ciudad de México se tomaban las decisiones gubernamentales pertinentes sino también que el espacio norteño se organizó teniendo como vértice, como referente esencial, la capital virreinal. En ese sentido el papel del camino Tierra Adentro, hacia el Nuevo México, es fundamental. También lo es el hecho de que los ramales para comunicar la vertiente del oeste y la del este, es decir, Sinaloa-Sonora por un lado y Saltillo, Monterrey y San Antonio por otro, se originaban en ese camino principal. La comunicación sur-norte se consolidó, muy por encima de la comunicación con dirección este-oeste, como todavía se aprecia en nuestros días. Bien sabemos que un camino encierra contenidos y significados sociales por demás densos: circulación de toda clase de personas, de mercancías, de metálico, de decretos y reglamentos gubernamentales, de libros e ideas, noticias. Los comerciantes de la ciudad de México extendieron sus redes por esos caminos y ello alimentó cotidianamente la influencia de la capital virreinal sobre el septentrión.

En esta nueva investigación se trataría de seguirle la pista a los cambios ocurridos en esa relación, cuyo origen acabamos de señalar. Y los cambios más importantes parecen ser los que se exponen a continuación.

Auge de la presencia del centro político del virreinato y en general de la Corona en el septentrión novohispano

En términos gruesos, se refiere a los últimos sesenta o setenta años de vida colonial, momento en el que se consolida una peculiar relación centro-provincias basada en la condición fronteriza del norte, entendiendo como tal la disputa con los indios nómadas y la cercanía creciente de pobladores de otras potencias europeas, o bien del nuevo país vecino, Estados Unidos. Ingredientes de esta etapa, que podemos ubicar en el contexto de las reformas borbónicas, son la creación de la comandancia general de las provincias internas, el gasto creciente de la corona en presidios y misiones, el estado de guerra más o menos permanente con los grupos nómadas y una muy confusa vinculación entre nómadas y no nómadas en las acciones violentas de aquéllos. Un aspecto poco estudiado se refiere a que el creciente intervencionismo del Estado colonial, más que

⁷ Bernardo García Martínez, “El espacio del (des)encuentro”, en Manuel Ceballos Ramírez (coord.), **Encuentro en la frontera: mexicanos y norteamericanos en un espacio común**, México, El Colegio de México, El Colegio de la Frontera Norte, Universidad Autónoma de Tamaulipas, 2001, 19-51, p. 26.

contradecir, apuntaló una vieja autonomía en la conducción de los negocios e intereses locales.⁸ Asimismo, se refiere a un período de auge económico que se aprecia en aumentos de población, de la producción minera, de la agricultura y ganadería, del comercio, de las ciudades y los servicios urbanos. No hace mucho un estudioso planteó que en esta época, que coincide con el surgimiento del virreinato del Río de la Plata, pudo haberse reorganizado el norte mexicano, teniendo como cabecera al puerto de Nueva Orleáns. Fue la única ocasión quizá en que se pudo haber roto el vínculo entre el norte y la ciudad de México.⁹

El “abandono” del norte

Se refiere a la muy difícil experiencia de buena parte del viejo septentrión al inicio de la vida nacional. Abarca en términos gruesos las décadas de 1810 a 1860. Consiste esencialmente en el debilitamiento de la relación del norte con el centro político del nuevo país, coincidiendo con el peor momento de la ciudad de México, que se muestra en el florecimiento de varias ciudades provincianas, el auge de las ideas federalistas y el estancamiento demográfico de la capital.¹⁰

Una vez colapsado el sistema colonial de la frontera y ante el declive de la capital de la república, en el norte se reclama la atención del gobierno general y éste exhibe su incapacidad para sustituir a la corona. Pero, al mismo tiempo, el gobierno general muestra su preocupación por la mala situación norteaña (nómadas y norteamericanos) que es considerada como una amenaza para la nación entera. Esta etapa se caracteriza primero por el arribo de los norteamericanos (comerciantes, texanos, contrabandistas, filibusteros, abigeos y el ejército invasor durante 1846-1847) y segundo por la desorganización política que parece tener su escenario principal en las dificultades para conformar una nueva estructura política (especialmente en los ramos fiscal y militar). Tales dificultades, sin embargo, no llevaron ni a una crisis generalizada ni a una parálisis del norte, como es tan común leer en algunas fuentes y obras historiográficas que bien pueden tildarse de épicas. Aunque con moderación, la población norteaña continuó creciendo en este periodo, incluso más que la población nacional.¹¹

Por este tipo de indicios se puede insistir en que, pese a todo lo que se ha escrito, el norte no sólo mantuvo sus actividades económicas sino que en algunos rubros, zonas y períodos logró expandirlas. En este punto habría que hacer énfasis y

⁸ Sara Ortelli, **Trama de una guerra conveniente. Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1748-1790)**, México, El Colegio de México, 2007.

⁹ García Martínez, “El espacio...”, op. cit. 37-38.

¹⁰ John Tutino, **De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria 1750-1940**, México, Era, 1990, 193-197. Allí se señala que “El poder del centro –el dominio de las grandes familias de la ciudad de México y la economía dirigida por ellos- se desmoronó considerablemente después de 1821”.

¹¹ Robert McCaa, “El poblamiento del México decimonónico: escrutinio crítico de un siglo censurado”, **El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica III. México en el siglo XIX**, México, CONAPO, Secretaría de Gobernación, 1993, 90-113.

entender el reclamo de las elites norteñas referido al *abandono*, uno de los ingredientes esenciales del vínculo del norte con el gobierno general, con la ciudad de México. Parece abandono fiscal, pero también militar e incluso moral: el gobierno federal había abandonado a su suerte al norte, y el norte no podía cuidarse solo. El gobierno federal ofrecía soldados o colonias militares, pero los norteños reclamaban recursos líquidos, como en los tiempos coloniales. Los norteños temían la injerencia de las autoridades generales en sus dominios, en sus provincias. No es casual que por esas razones algunos norteños extrañaran a la corona española.

El ascenso del norte, 1870-1936

Por el auge de inversiones extranjeras y la cercanía con Estados Unidos, el norte mexicano se transformó radicalmente en un período muy breve, al cabo de una generación. No sólo cesó el reclamo del abandono sino que algunos norteños poderosos, reflejando quizá el poderío económico y estratégico que resultaba de la nueva vecindad con Estados Unidos, comenzaron a interesarse en la política nacional.

La construcción de los ferrocarriles “acercó” al norte al centro del país pero al mismo tiempo fortaleció las relaciones de localidades norteñas con diversas ciudades y actividades económicas del vecino país. Y eso sería el norte en lo sucesivo, incluso hasta nuestros días: un área más estrechamente vinculada al centro del país gracias a su vinculación con la economía norteamericana. Parecería que el norte buscaba a la ciudad de México. Bernardo Reyes, Ramón Corral, Enrique Creel y Francisco I. Madero son algunos de los nombres que ilustran este movimiento inédito. No era lo mismo que dar refugio al presidente Juárez en el desierto norteño, como ocurrió entre 1864 y 1866 cuando el gobierno mexicano huía de las tropas francesas.

Por su parte, el gobierno general logró afianzar su presencia militar y gubernamental en el norte (por ejemplo, la construcción del espectacular edificio de la aduana de la fronteriza Ciudad Juárez) mostrando una creciente preocupación por la vigencia de la zona libre (que muy pronto extinguiría), por la actuación de opositores (el magonismo) permitida por el gobierno del vecino país, o bien por el estrecho contacto de mineros mexicanos con anarquistas norteamericanos. Para los líderes norteños, y en general para las elites mexicanas, los norteamericanos habían dejado de ser los invasores abusivos y se habían ya convertido en socios, inversionistas y portadores de una modernidad envidiable que en más de un sentido debía imitarse. Esos grupos no dejaron de manifestar su desconfianza y hasta temor por la creciente cercanía norteamericana. El vecino país era ambicioso, codiciaba territorio y, para colmo, no era católico. Pero aún así había que parecersele: cada vez era más rico y poderoso, civilizado, populoso, democrático. El norte mexicano hacía lo suyo. A partir de 1880 y por lo menos hasta 1930, la población norteña creció vertiginosamente, como nunca antes y mucho más que el resto del país.

En este período, como señaló Barry Carr hace casi cuarenta años, el norte del país alcanzó una presencia económica y política que resulta decisiva, por primera vez, a

lo largo y ancho del país.¹² Los trabajadores, las oligarquías, los militares, los revolucionarios y los políticos nortños ganaron una influencia inusitada a partir, quizá, de finales de la década de 1890. Durante la Revolución de 1910 el poderío de las fuerzas militares del norte no fue más que reflejo de esa nueva condición. La revolución no creó esa nueva condición; más bien la revolución se aprovechó del nuevo norte. Fueron de hecho facciones nortñas las que se disputan el botín revolucionario, controlan el gobierno general durante dos décadas (1915-1936) y con ello sientan las bases del nuevo Estado mexicano contemporáneo.

Los significados geográficos de la ruptura Calles-Cárdenas

El predominio político de los revolucionarios nortños concluyó en 1935-1936 pero la fuerza económica nortña, alimentada por el gasto público federal, se sostuvo e incluso se expandió durante las décadas siguientes. Las oligarquías nortñas parecían no necesitar a políticos nortños en el gobierno federal si los políticos del centro del país (michoacanos, poblanos, veracruzanos) cumplían con lo que parecía un arreglo viejo que asumía nuevas modalidades: crecido gasto público, excepciones fiscales (tanto del gobierno general como de los gobiernos estatales y municipales) y manos libres para preservar una gran influencia en el manejo de los asuntos de los gobiernos locales. Lo anterior, claro está, como de hecho el conjunto de afirmaciones que componen el argumento aquí expuesto, debe mostrarse haciendo algo de lo mucho que no se ha estudiado en el norte, a saber, las características de los gobiernos y congresos estatales, de los gobernadores y la relación entre los gobernadores y los municipios y ayuntamientos.

El papel de las oligarquías locales en esa historia política parece decisiva: sólo piénsese en el grupo industrial y bancario de Monterrey, en los descendientes de Luis Terrazas, el gran terrateniente, banquero e industrial del estado de Chihuahua, y luego en los banqueros y especuladores inmobiliarios como Eloy Vallina y Jaime Bermúdez, o en los poderosos ganaderos y agricultores de Sonora y Sinaloa. Después de 1936, año de la expulsión del general Plutarco Elías Calles del país, el centro parecía comprometido con esa suerte de pacto virtual, es decir, con el cumplimiento de las funciones de la Corona en el primer momento de esta historia, a fines del siglo XVIII. Hasta es posible proponer la vigencia de una especie de Corona posrevolucionaria, para referirse a ese arreglo entre el Estado y las oligarquías. Si en un momento de audacia se quisiera llevar el argumento hasta fines del siglo XX, podría proponerse que ese pacto se rompió entre 1973 y 1982, entre el asesinato de Eugenio Garza Sada (el líder del grupo Monterrey) en 1973 por parte de un grupo de la guerrilla urbana, y la nacionalización de la banca en septiembre de 1982. Y hay que preguntarse en qué medida el destino político del país desde 1982 en adelante obedece a esa ruptura entre la ciudad de México y el norte oligárquico. Recuérdese que la insurgencia electoral de

¹² Barry Carr, "Las peculiaridades del norte mexicano, 1880-1927: ensayo de interpretación", **Historia Mexicana**, XXVI: 4 (abril-junio 1973), 320-346.

la década de 1980 comenzó en el norte y que del norte provinieron varios de las nuevas figuras del conservador Partido Acción Nacional (los llamados *neopanistas*) de gran influencia. La figura emblemática de este fenómeno es el rico agricultor sinaloense Manuel Clouthier, candidato panista a la presidencia en las elecciones de 1988.

Como se ve, se trata de hacer una historia de la conexión centro-norte haciendo énfasis en la relación de los grupos políticos y empresariales locales con las autoridades del gobierno general con sede en la ciudad de México. Y por último, parece claro que con este enfoque la noción de la precariedad norteña quedará severamente confrontada y muy seguramente olvidada. En su lugar habrá una interpretación más equilibrada, más dinámica e incluso más provinciana de la formación de la nación mexicana entre 1760 y 1980.

El Centro

Una ventaja de este nuevo modo de hacer la investigación es que por fuerza tendría que considerar en iguales términos a los tres componentes del problema central, a saber, el norte, el centro y la conexión entre ellos. Hemos hablado aquí más del norte y de la conexión. Ahora es necesario hacer un breve planteamiento sobre lo que aquí hemos denominado centro. Pero antes una nota crítica.

Muy a menudo, los historiadores nativos de la ciudad de México o estudiosos de la ciudad de México hacen gala de una confusión a todas luces insostenible. Se refiere a la confusión entre centro y nación. Si uno estudia Mérida o Chihuahua, uno está obligado a decir siempre: la revolución mexicana en Mérida o en Chihuahua, o la historia de la familia en uno y en otro lado. Pero si uno estudia la revolución o la familia en la ciudad de México, es posible titular los trabajos con frases como la revolución mexicana en México o la historia de la familia en México. La ciudad de México parece resumen o síntesis de la historia nacional. Carece, por lo mismo, de un sustento espacial más o menos delimitado. ¿Cómo lo va a tener o cómo nos vamos a preocupar de él si se asume que lo que ocurre en los escasos kilómetros cuadrados de una porción del Valle de México es por arte de magia historiográfica prácticamente válido de lo que ocurre en los casi dos millones de kilómetros cuadrados restantes?

En el citado libro del *Norte precario* se incurre en ese error. En ese texto no sólo se confunde al norte con el centro y no sólo se confunde la conexión entre el norte y el centro con el centro, sino que el centro queda, por así decir, fuera de la historia. El centro, da igual que sea novohispano o posrevolucionario, sentía gran preocupación por el norte, le adjudicaba una precariedad persistente, y eso constituye el objeto de investigación. Tal procedimiento es a todas luces erróneo porque da por sentado que el centro siempre ha sido el mismo, sin variaciones ni altibajos. Y lo mismo puede decirse de su “preocupación” por el norte: es invariable, sin cambios, sin nuevos componentes. La sola escasez de población, rasgo efectivamente continuo, es vista como si fuera lo mismo que la amenaza de los nómadas o que la fuerte vinculación con Estados Unidos después de 1848 y, sobre todo, después de 1870. No se puede ir muy lejos en el quehacer historiográfico si dejamos un componente de la trama que nos interesa en una

especie de congeladora, así sea algo tan importante como la ciudad de México. Mejor será plantearlo de otro modo: ¿cómo se construye el centro con base en las relaciones con las provincias, en particular con el norte?

La preocupación por la suerte del septentrión novohispano se hizo tarea más grave en las últimas décadas del siglo XVIII. La Guerra de los Siete años (1756-1763) dejó ver el declive español y el ascenso inglés en todo el planeta. Como reacción, la Corona española impulsó un ambicioso programa para reorganizar el vasto imperio, imponer la autoridad real y obtener mayores rentas del dominio colonial. Ante la amenaza que significaba el avance de ingleses, franceses e incluso rusos, la Corona reforzó como nunca el sistema de presidios, aumentando el número de efectivos y su equipamiento, lo que se convirtió en un considerable estímulo a la economía local. Acrecentó también los subsidios al trabajo misional de varias órdenes religiosas (franciscanos, dominicos, después de la expulsión de los jesuitas) e incluso ideó mecanismos a través de subsidios para tratar de asentar a las partidas de nómadas que asolaban los asentamientos españoles. Un aspecto poco claro es el manejo fiscal, es decir, la continuidad de cierto trato excepcional tanto a los indios (que no pagaban el tributo) como a los mineros, terratenientes y comerciantes (no pagaban diezmo), quienes alegaban el estado de guerra para justificar los privilegios tributarios de que disfrutaban.¹³

Para la Corona, el septentrión novohispano era el primer bastión de la defensa del imperio en América y había que reforzarlo, poblarlo, estimularlo. Durante algunos años el esquema pareció funcionar y el septentrión vivió un período de prosperidad económica que la guerra de Independencia (1810-1821) vino a interrumpir. La presencia del gobierno virreinal o de la misma Corona se vino abajo.¹⁴ El gobierno general de la nueva república federal (1824) ni por asomo estuvo en condiciones de hacerse cargo como antes hacía la Corona de los asuntos del septentrión. La avalancha de pobladores anglosajones a Texas, promovida en cierto modo por el gobierno provincial de Coahuila-Texas, dio la señal de alarma de la fragilidad del dominio mexicano, como antes español, en el norte. Ante el ascenso de los grupos provinciales, el federalismo nació en México debilitando en grado sumo al gobierno general. Eso se nota particularmente en las atribuciones fiscales, que en su mayor parte quedaron en manos de los estados libres y soberanos que constituían al nuevo país.¹⁵ Ante tal debilidad, los estados quedaron obligados a otorgar una parte de sus ingresos al gobierno general, así como contribuir con tropa para la formación del ejército nacional. Ninguna de las dos contribuciones se cumplió cabalmente.

En el norte mexicano el nuevo perfil político del centro se tradujo en una ausencia que fue resentida conforme los nómadas advirtieron las debilidades del nuevo

¹³ Orтели, **Trama de una guerra conveniente...**, op. cit.

¹⁴ David J. Weber, **La frontera norte de México, 1821-1846**, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

¹⁵ Luis Jáuregui, "La primera organización de la Hacienda Pública Federal en México, 1824-1829", en José Antonio Serrano *et al.*, (eds.), **Hacienda y política. Las finanzas públicas y los grupos de poder en la primera República Federal Mexicana**, Zamora, El Colegio de Michoacán, Instituto Mora, 1998, 227-264.

país y descubrieron las grandes posibilidades de comerciar con los pobladores norteamericanos cada vez más abundantes y cercanos. Algo que no se ha investigado de manera detallada es el lugar de las oligarquías norteamericanas en esta trama. Por un lado, comerciantes, terratenientes y demás poderosos norteamericanos intentaron mantener privilegios fiscales y, por otro y al mismo tiempo, exigían gasto público, en este caso para hacer la guerra contra los nómadas. Pero no había escapatoria. Era imposible conciliar los afanes de mayores poderes provinciales que debilitaban al centro y al mismo tiempo exigirle al centro que hiciera las veces de Corona a la hora de enfrentar el estado de guerra. Entre 1836, cuando se pierde Texas, y 1848 cuando culmina la guerra con Estados Unidos y que trajo consigo la enorme pérdida territorial de California, Nuevo México y Arizona, el centro pudo hacer muy poco por el norte. Sin finanzas sólidas ni mando de tropa, el gobierno general era una sombra del viejo aparato político colonial. Acaso ese gobierno sólo acertaba a expresar su preocupación por la suerte del norte y el temor por el riesgo de que la expansión norteamericana lo devorara.

Los intentos de los grupos políticos y empresarios favorables a la república centralista (1836-1846) habían fracasado rotundamente, lo mismo la dictadura de 1853-1854. Y, así, fracasaría también el llamado segundo imperio, encabezado por Maximiliano de Austria, con el apoyo de Napoleón III (1864-1867). El problema era cómo hacer un nuevo centro político en una época en que las condiciones económicas, y las prácticas, discursos e ideas liberales parecían favorecer a las provincias, a sus oligarquías y grupos políticos. Pero parecía que los mismos provincianos, especialmente los norteamericanos, anhelaban un centro poderoso. No en balde hablaban de abandono.

Desde esta perspectiva, puede decirse que el siglo XIX mexicano es una larga e infructuosa búsqueda de un nuevo centro político que fuerza capaz de dar coherencia y protección a las provincias. Quizá la certeza de que las provincias no podían mantenerse por su cuenta venció, hacia finales de siglo, las posturas federalistas más intransigentes. De ese modo se abrió paso la larga dictadura de Porfirio Díaz (1876-1911). Y ese fenómeno, visto en una perspectiva más amplia, no es una singularidad mexicana.

El siglo XX sí resolvió el problema del centro político, gracias al prolongado gobierno de Porfirio Díaz, a la revolución de 1910 y, por supuesto, al desarrollo de ramos económicos que acabaron propiciando el fortalecimiento fiscal del gobierno federal. Hay una coherencia poco explorada entre el afán centralista de Díaz y el afán centralista posrevolucionario. Uno de los desenlaces más importantes de la revolución de 1910 fue la formación de un ejército nacional que muy pronto logró ser controlado por el ejecutivo federal. Era una carta de negociación de las autoridades de la ciudad de México que no existió en tal magnitud a lo largo del siglo XIX. Otro ejemplo: la nueva constitución elaborada al calor del movimiento armado (1917) fue un severo mentís a los federalistas recalcitrantes, pues perfiló una nueva idea de nación que la hacía propietaria originaria del suelo, del subsuelo y de las aguas, lo que abría una posibilidad de injerencia gubernamental en ramos como minería, petróleo, agricultura, ganadería y

explotación forestal. Y hay que decir que los constituyentes revolucionarios otorgaron al gobierno federal la representación exclusiva de esa nueva nación.

El sueño liberal del país construido por propietarios privados, ciudadanos y un gobierno dedicado a cuidarlos quedó hecho trizas. Un Estado fuerte, y un régimen presidencialista mucho más nítido, parecía ser la consigna, el consenso, la ilusión.¹⁶ El auge en los países occidentales de las ideas en torno a la necesidad de fortalecer el intervencionismo estatal (por ejemplo sobre la necesidad de establecer el impuesto sobre la renta) cayó como anillo al dedo a los gobernantes mexicanos. Por supuesto calificaron ese impuesto de “revolucionario”.¹⁷ La crisis mundial de 1929 reforzó todavía más la certeza en torno al deseable intervencionismo estatal en la economía e, incluso, en la organización de ciertos grupos y clases sociales. Ese conjunto de consideraciones y condiciones económicas tendían a fortalecer al gobierno federal, a la ciudad de México.

Si al cambio constitucional, militar y fiscal sumamos las reformas sociales (reforma agraria, derechos laborales) emprendidas por los gobiernos posrevolucionarios, que por supuesto quedaron en manos de manera preponderante de las autoridades de la ciudad de México, es posible rastrear los orígenes del éxito de los gobernantes mexicanos en la tarea decimonónica de construir un centro fuerte en el siglo XX.

Lo más asombroso es que este esfuerzo político fue conducido por provincianos, por norteños precisamente, al menos entre 1915 y 1935. Y más asombroso constatar el afán con el que los políticos provincianos comprendieron la necesidad de hacer de la ciudad de México la base no sólo geográfica y política de la nación. Se empeñaron, como lo había hecho con timidez Porfirio Díaz, por lograr que la ciudad de México fuera la localidad urbana más poblada, rica y, por lo tanto, la más importante en términos de sus contribuciones al fisco federal. Eso no se ha estudiado a fondo.¹⁸

La expansión de las facultades y servicios federales se extendieron a lo largo del siglo, al menos hasta la década de 1970, en ramos como tierras, aguas, educación, trabajo, salud, comunicaciones y transportes. Se creó entonces una especie de imaginario en el que el centro era portador de lo moderno, de la innovación tecnológica, de la ciencia, del progreso y, además, de lo revolucionario. En cambio, la provincia era sinónimo de atraso, de conservadurismo, una especie de reino de la tradición. La creación del Instituto Politécnico Nacional en 1937 y la construcción de la enorme y hermosa Ciudad Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1952, ambos hechos ocurridos por supuesto en la ciudad de México, parecen ser indicios institucionales de una compleja historia de definición de lugares y relaciones entre las partes de la nación mexicana.

Tampoco parece casualidad que en este período la ciudad de México creciera más que nunca en cuanto a población, de 661.708 habitantes de 1921, a 2.872.334 en

¹⁶ Arnaldo Córdova, **La ideología de la revolución mexicana. La formación del nuevo régimen**, México, Era, 1974.

¹⁷ El *income tax* se estableció en Estados Unidos en 1913, en Francia en 1914, en México en 1924, en España y Argentina en 1932 y en Brasil en 1934.

¹⁸ Luis Aboites Aguilar, **Excepciones y privilegios...**, op. cit.

1950.¹⁹ Por sí mismas esas cifras no dicen gran cosa. Pero considérese que en esos años la distancia entre la primera ciudad y la segunda (la ciudad de México y Guadalajara, respectivamente), aumentó de 4.6 a 7.1, es decir, en 1950 la ciudad de México, la sede del centro político del país, era siete veces más grande que la segunda localidad urbana, y no cuatro como 30 años antes. Esa jerarquía tenía que ver con la economía pero también con una voluntad sostenida de los gobernantes federales de origen provinciano que quizá comprendieron la lección del siglo XIX y decidieron que la estabilidad y el progreso del país entero dependían de un centro político fuerte. Por eso se empeñaron en propiciar la industrialización bajo el modelo de sustitución de importaciones, precisamente, en la capital del país. Si se revisa el origen geográfico de los impuestos federales recaudados, es evidente el peso de la ciudad capital, casi 60% del total a inicios de la década de 1960. Podría pensarse a primera vista que la capital del país absorbía casi todo el dinamismo económico; pero con más cuidado puede pensarse que en realidad el poderosísimo Estado mexicano posrevolucionario en realidad sólo podía cobrar impuestos en la capital del país. Por sus peculiaridades, la relación centro-provincias del siglo XX implicaba una pobreza fiscal federal extraordinaria, que hizo de México uno de los países con menor carga fiscal del mundo entero.

Colofón

Esta investigación puede hacerse de muchas maneras. Una de ellas sería empezar por el final, por el desenlace, por el siglo XX, por ejemplo el muy complicado año de 1982, cuando la ciudad de México, por así decir, decidió nacionalizar la banca privada. Como se dijo, tal hecho parece haber roto el pacto entre esa ciudad y las oligarquías norteamericanas. Podría avanzarse por tramos norteamericanos y luego seguirse con tramos capitalinos. Un buen tiempo de atención para ahondar en la naturaleza de las conexiones entre el centro y las provincias podría propiciar una reflexión general sobre el avance de la investigación, por ejemplo en materia fiscal o de reformas sociales.

Otro modo sería privilegiar el estudio a fondo, la reconstrucción minuciosa de ciertos acontecimientos que por ahora parecen nutridos de este conjunto de elementos. Una lista muy preliminar de tales acontecimientos es la siguiente: los alegatos sobre la inminente desaparición de las provincias del norte; la desarticulación del sistema colonial en presidios y misiones; la reacción local ante la derrota frente a los norteamericanos de 1848; la complicada relación del presidente Benito Juárez con los gobernadores norteamericanos cuando buscaba refugio en el norte ante el acoso de los franceses; el trazo de los ferrocarriles; la zona libre; la entrevista entre Porfirio Díaz y el presidente norteamericano William Taft en Ciudad Juárez en 1908, el mismo lugar donde el presidente Juárez halló refugio de los franceses en 1865-1866; la toma militar de la repetida Ciudad Juárez en mayo de 1911 que acabó con la dictadura de Díaz de más de 30 años; el papel de los jefes y tropas norteamericanas cuando ocuparon literalmente el sureste del país después de 1915; el papel de los constituyentes norteamericanos en el congreso

¹⁹ Gustavo Garza, **La urbanización en México**, México, El Colegio de México, 2005, cuadros A1 y A2.

de 1916-1917; las peculiaridades de las reformas sociales en el norte; la relación con el grupo industrial de Monterrey, conformado por unas cuantas familias; el impacto de la expulsión del norteño Calles, otrora hombre fuerte del país, en 1936; la oposición norteña al radical presidente Cárdenas y al Estado posrevolucionario durante las elecciones presidenciales de 1940; los levantamientos armados norteños de 1953 y 1965 en contra de ese mismo Estado; y así sucesivamente.

Casi es obvio señalar que se trata de una investigación de largo plazo, colectiva, pero algo se puede avanzar desde ahora elucubrando sobre cómo hacer una historia centro-provincias mucho más provinciana, menos “regional” e incluso menos “nacional”.